

El sacerdote, audacia de Dios

Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar; esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabras 'sacerdocio' (Benedicto XVI, *Homilía en la clausura del Año Sacerdotal*, 11 de junio 2010).

EL SACERDOCIO NO ES UN OFICIO, una profesión a la que uno llega en virtud de sus méritos, una ardua escalada de una cumbre a la que se llega con esfuerzo, tesón y constancia. El sacerdocio es un inmenso don para la Iglesia y para la misma humanidad, "es el amor del corazón de Jesús", como decía el santo cura de Ars; los sacerdotes, impulsados por la caridad de Cristo, son "los primeros obreros de la civilización del amor" (BXVI, *Angelus* del 11 de junio 2010). "El sacerdote es un hombre todo del Señor, puesto que es Dios mismo quien lo llama y lo constituye en su servicio apostólico. Y precisamente por ser todo del Señor, es todo de los hombres, para los hombres" (Benedicto XVI, *Catequesis*, 1 de julio 2009); es oyente de la Palabra y respuesta a la llamada del Señor, a su voluntad, para anunciar no una verdad personal, sino Su verdad. Ser sacerdote quiere decir ser mediador, puente que enlaza, y así lleva el hombre a Dios, a la redención, a la verdadera vida. Más aún, el sacerdote es representante del Señor, que "no actúa nunca en nombre de un ausente, sino en la Persona misma de Cristo resucitado, que se hace presente con su acción realmente eficaz" (Benedicto XVI, *Catequesis*, 14 de abril 2010). En resumen, el sacerdote es partícipe del mismo sacerdocio de Cristo, ministro de santificación, dispensador de sus misterios, "puente" del encuentro con él, de su mediación entre Dios y los hombres, y entre los hombres y Dios (Cf *Presbyterorum ordinis*, 5).

En el Año sacerdotal, convocado por el Santo Padre con ocasión del 150º aniversario de la muerte del santo cura de Ars, inaugurado el 13 de junio del 2009, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, jornada tradicionalmente dedicada a la oración por la santificación del clero, y clausurado un

año después en la misma fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, el 11 de junio, la Iglesia católica ha confesado, celebrado y vivido intensamente el don del sacerdote para la humanidad. Se trata de un don –al mismo tiempo misterio- que une a todos los sacerdotes en el único y supremo sacerdocio de Cristo, sumo y eterno sacerdote de la nueva Alianza. De aquí el lema del Año sacerdotal: “Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote”. Así brilla más la audacia de Dios que pone el tesoro del sacerdocio de su Hijo en vasos de barro, en manos frágiles, en corazones débiles para el verdadero amor, para el único amor de Jesucristo. A esta luz estamos en condición de captar mejor la finalidad del Año sacerdotal, que no es otra que la renovación y santificación de los sacerdotes al servicio de los hombres. Esta finalidad el Papa la he formulado en diversas maneras. Recogemos algunas de ellas: “profundizar en el valor y la importancia de la misión sacerdotal y pedir al Señor que dé a su Iglesia numerosos y santos sacerdotes” (*Angelus*, 14 de junio 2009), “promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo” (*Carta en la víspera del Año sacerdotal*, 16 de junio 2009), “favorecer la tensión de todo presbítero hacia la perfección espiritual de la cual depende sobre todo la eficacia de su ministerio y ayudar... a redescubrir y fortalecer más la conciencia del extraordinario don de gracia que el ministerio ordenado representa para quien lo ha recibido, para la Iglesia entera y para el mundo, que sin la presencia real de Cristo estaría perdido” (*Catequesis*, 24 de junio 2009), “renovar el reconocimiento gozoso de la grandeza del don de Dios, plasmado en espléndidas figuras de pastores generosos, religiosos llenos de amor a Dios y a las almas, directores espirituales clarividentes y pacientes” (*Carta a los sacerdotes*, 16 de junio 2009).

Conscientes de otras posibilidades de rememorar el Año sacerdotal, hemos pensado que sería provechoso para nuestros lectores revivir sencillamente algunos contenidos del magisterio del Santo Padre a lo largo de este inolvidable año, tan fecundo para la vida de los sacerdotes y de la Iglesia. Hemos elegido cuatro de entre otros varios que han abundado en las intervenciones del Papa con motivo del Año sacerdotal: algunas figuras ejemplares de sacerdotes, los tres *munera* del sacerdote, la promoción de vocaciones y, por último, el sacerdote y María santísima.

La figura del santo cura de Ars

Juan María Vianney era muy humilde, pero tenía un alto concepto del sacerdote: el amor del corazón de Cristo; decía que un buen pastor es el

tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia; el sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo; al oír su voz, Dios baja del cielo y se encierra en una pequeña hostia.

El método pastoral del cura de Ars sigue siendo actual. En primer lugar, su total identificación con el propio ministerio. Buscó armonizar su vida como ministro con la del ministerio confiado. Luego, hacerse presente en todo el territorio de su parroquia: visita a los enfermos y a las familias, misiones populares y fiestas patronales, buen recolector de fondos para su iglesia, sus pobres y sus huérfanas, fundación de hermandades y llamada a los laicos para colaborar con él. De gran importancia, era la educación de sus parroquianos mediante el testimonio de su vida. De su ejemplo, aprendían los fieles a orar, a participar con fervor al sacrificio de la misa, a ofrecer la propia vida como sacrificio, a valorar el sacramento de la confesión.

El cura de Ars poseyó una rica y marcada espiritualidad. Supo vivir los consejos evangélicos de acuerdo con su condición de presbítero. Por sus manos pasó mucho dinero, pero él no tenía nada, todo era para su iglesia, sus pobres, sus huérfanos, sus niñas de la *Providence*, sus familias más necesitadas. También su castidad era la que se pide a un sacerdote para su ministerio. La gente decía de él que la castidad brillaba en su mirada. Su obediencia quedó plasmada en la entrega abnegada a las exigencias cotidianas de su ministerio, a pesar de su deseo de retirarse a llorar su pobre vida en la soledad. La vida del cura de Ars estuvo envuelta en una profunda devoción a María. Ya desde 1836 consagró su parroquia a María concebida sin pecado, y con gran fe y alegría acogió la definición dogmática de 1854. Decía a sus fieles: “Jesucristo, cuando nos dio todo lo que nos podía dar, quiso hacernos herederos de lo más precioso que tenía, es decir, de su santa Madre”.

Un rasgo distintivo del ministerio del cura de Ars fue el de confesor, inseparable del misterio y ministerio eucarísticos. Se podría decir que fue un héroe y mártir del confesionario. ¿Dónde están las raíces de tal heroicidad? En una intensa dimensión penitencial personal y en una vivencia extraordinaria de la radicalidad evangélica. Así fue para sus contemporáneos un signo tan evidente de la presencia de Dios, que impulsó a numerosos penitentes a acercarse a su confesionario. Sabía además instaurar un verdadero diálogo de salvación con los penitentes, mostrando la belleza y grandeza de la bondad del Señor, y suscitando el deseo de Dios y del cielo. La reconciliación de los penitentes con Dios estaba indisolublemente unida a la participación al misterio de nuestra redención mediante la santa misa. Juan María Vianney vivía intensamente la celebración de la eucaristía y con su ejem-

plo ayudaba a los demás a vivirla igualmente. Los que asistían al santo sacrificio de la misa, celebrada por él, decían que “no se podía encontrar una figura que expresase mejor la adoración...Contemplaba la hostia con amor”. Así se explican aquellas palabras suyas: “¡Es digno de compasión un sacerdote que celebra la misa de forma rutinaria!”.

Otras figuras de santos sacerdotes

Además de traer a la memoria de los sacerdotes el admirable ejemplo del santo cura de Ars, el Santo Padre, en varias ocasiones durante el Año sacerdotal, ha recordado otras figuras de sacerdotes y religiosos que constelan el firmamento de la santidad sacerdotal. Comenzamos con la figura de san Pío de Pietralcina, a quien el Papa encomendó los frutos del Año sacerdotal en su visita apostólica a san Giovanni Rotondo. Hablando del santo a los sacerdotes, religiosos y jóvenes, Benedicto XVI exaltó su figura con estas palabras:

Al igual que el cura de Ars, también el padre Pío nos recuerda la dignidad y la responsabilidad del ministerio sacerdotal. ¿Quién no quedaba impresionado por el fervor con que revivía la Pasión de Cristo en cada celebración eucarística? De su amor a la Eucaristía brotaba en él, como en el cura de Ars, una disponibilidad total a acoger a los fieles, sobre todo a los pecadores. Además, si san Juan María Vianney, en una época atormentada y difícil, trató de hacer, de todas las maneras posibles, que sus parroquianos descubrieran de nuevo el significado y la belleza de la penitencia sacramental, para el santo fraile del Gargano la solicitud por las almas y la conversión de los pecadores fueron un anhelo que lo consumió hasta la muerte. ¡Cuántas personas cambiaron de vida gracias a su paciente ministerio sacerdotal! ¡Cuántas largas horas pasaba en el confesionario! Al igual que para el cura de Ars, precisamente el ministerio de confesor constituyó el mayor título de gloria y el rasgo distintivo de este santo capuchino. Por eso, ¿cómo no darnos cuenta de la importancia de participar devotamente en la celebración eucarística y acudir con frecuencia al sacramento de la Confesión? En particular, el sacramento de la Penitencia se ha de valorar aún más, y los sacerdotes nunca deberían resignarse a ver sus confesionarios desiertos ni limitarse a constatar el desinterés de los fieles ante esta extraordinaria fuente de serenidad y de paz.

En abril del 2010 su Santidad propone a los fieles, en la catequesis de los miércoles, la vida de dos sacerdotes, verdadero ejemplo en su entrega a Dios y en su testimonio de caridad, vivida en la Iglesia y para la Iglesia, hacia los hermanos más necesitados. Primeramente, san Leonardo Murial-

do, fundador de la Congregación de san José, dedicada a la formación de la juventud, especialmente la más pobre y abandonada.

“Amor de Dios y amor a Dios: esta fue la fuerza de su camino de santidad, la ley de su sacerdocio, el significado más profundo de su apostolado entre los jóvenes pobres, y la fuente de su oración... Unió el silencio contemplativo con el ardor incansable de la acción, la fidelidad a los deberes de cada día con la genialidad de las iniciativas, la fuerza en las dificultades con la serenidad de espíritu. Este es el camino de santidad para vivir el mandamiento del amor a Dios y al prójimo”.

A continuación, san José Benito Cottolengo, fundador de la Obra de la Providencia. “Utilizó todas sus capacidades, especialmente su habilidad económica y organizativa, para poner en marcha iniciativas a fin de sostener a los más necesitados... Para sus pobres y los más necesitados siempre se definió ‘el obrero de la Divina Providencia’”.

En el mismo mes de abril, al término del *Regina coeli*, en la plaza de san Pedro, comunicó a los fieles presentes que ese día, 25 de abril, “han sido proclamados beatos dos sacerdotes: Angelo Paoli, carmelita, y José Tous y Soler, capuchino... Del beato Paoli... me agrada recordar que fue apóstol de la caridad en Roma, llamado ‘padre de los pobres’... Su apostolado obtenía fuerza de la Eucaristía y de la devoción a la *Virgen del Carmen*, así como de una intensa vida de penitencia”. José Tous y Soler, a pesar de numerosas pruebas y dificultades, nunca se dejó vencer por la amargura o el resentimiento. “Destacó por su caridad exquisita y su capacidad para soportar y comprender las deficiencias de los demás”-

Finalmente, a pocos días de clausurado el Año sacerdotal, Benedicto XVI presentó la figura de san José Cafasso, en el 150º de su muerte. Subrayó sobre todo su misión de formador de párrocos y de sacerdotes diocesanos, en el Internado eclesiástico de san Francisco de Asís, en Turín.

El tipo de sacerdote que José Cafasso encontró en el Internado y que él mismo contribuyó a reforzar —sobre todo como rector— era el del verdadero pastor con una rica vida interior y un profundo celo en el trabajo pastoral: fiel a la oración, comprometido en la predicación y en la catequesis, dedicado a la celebración de la Eucaristía y al ministerio de la Confesión, según el modelo encarnado por san Carlos Borromeo y san Francisco de Sales y promovido por el concilio de Trento. Una feliz expresión de san Juan Bosco sintetiza el sentido del trabajo educativo en aquella comunidad: «En el Internado se aprendía a ser sacerdotes».

A la tarea de formador añadió, durante más de veinte años, la atención a los últimos, en particular a los presos, que en Turín durante el siglo XIX vivían en lugares inhumanos e inhumanizadores.

También en este delicado servicio, llevado a cabo durante más de veinte años, Cafasso fue siempre el buen pastor, comprensivo y compasivo: cualidad percibida por los reclusos, que acababan por ser conquistados por ese amor sincero, cuyo origen era Dios mismo. La simple presencia de Cafasso hacía el bien: serenaba, tocaba los corazones endurecidos por las circunstancias de la vida y sobre todo iluminaba y sacudía las conciencias indiferentes... Los condenados a muerte fueron objeto de cuidados humanos y espirituales especialísimos. Acompañó al patíbulo, tras haberlos confesado y administrado la Eucaristía, a 57 condenados a muerte. Los acompañaba con profundo amor hasta el último aliento de su existencia terrena.

La misión del sacerdote: predicar, santificar, guiar

El Romano Pontífice tocó esta temática ya en el año 2009 en las catequesis del 1 de julio y del 5 de agosto. Con mayor amplitud y hondura, la expuso el año 2010, en las catequesis del 14 de abril, 5 y 26 de mayo.

Fundamento de los *munera* no puede ser otro sino el hecho de que el sacerdote actúa *in persona Christi capitis*, en representación del Señor. Es decir, el Señor hace presente su propia acción de sumo sacerdote en la persona que realiza la consagración del vino y del pan y la absolución de los pecados. Enseñar, santificar y gobernar “son las tres acciones de Cristo resucitado, el mismo que hoy en la Iglesia y en el mundo enseña y así crea fe, reúne a su pueblo, crea presencia de la verdad y construye realmente la comunión de la Iglesia universal; y santifica y guía”.

1. *Munus docendi*. El oficio de enseñar resulta particularmente importante en las presentes circunstancias de “confusión sobre las opciones fundamentales de la vida y los interrogantes sobre qué es el mundo, de dónde viene, a dónde vamos, qué tenemos que hacer para realizar el bien, cómo debemos vivir, cuáles son los valores realmente pertinentes”. El sacerdote hace presente, en la confusión y en la desorientación de nuestro tiempo, la luz de la Palabra de Dios. El sacerdote no habla de sí mismo, para sí mismo; no dice cosas propias, sino que propone la verdad que es Cristo mismo, su palabra, su modo de vivir y de ver el futuro. El sacerdote que anuncia la fe de la Iglesia y no sus propias ideas, ha de identificarse de tal manera con Cristo que convierta la palabra de Cristo en suya, en una palabra profundamente personal. Ello en virtud de la interiorización de la Verdad

de Cristo, en un intenso camino espiritual, acogiendo y tratando de vivir como propio lo que el Señor ha enseñado y la Iglesia ha transmitido. Su voz tendrá así fuerza profética, por no ser nunca homologada ni homologable, a una cultura o mentalidad dominante. La Sagrada Escritura, los escritos de los Padres y de los Doctores de la Iglesia, y el Catecismo de la Iglesia católica constituyen puntos de referencia imprescindibles en el ejercicio del *munus docendi*, tan esencial para la conversión, el camino de fe y la salvación de los hombres.

2. *Munus sanctificandi*. El sacerdote santifica a los hombres mediante los sacramentos y el culto de la Iglesia. ¿Qué significa santificar a una persona? Es ponerla en contacto con Dios, con su ser luz, verdad, amor puro. Nadie por sí mismo puede poner a otro en contacto con Dios, sólo el mismo Dios puede crear ese contacto. Pero Dios llama a algunos, pese a su pobreza humana, a ser ministros de esta santificación, administradores de sus misterios, puentes del encuentro con él. Por medio de ellos actualiza el Misterio de la muerte y resurrección de Cristo, que trae la salvación, particularmente mediante el sacramento de la Eucaristía, que hace presente la ofrenda sacrificial redentora del Hijo de Dios y el sacramento de la Reconciliación, en el que de la muerte del pecado se vuelve a la vida nueva. Tal vez en los últimos decenios se ha privilegiado la pastoral del anuncio y se ha subestimado el ejercicio del *munus sanctificandi*. ¿No habrá sido ésta la causa de un debilitamiento de la fe misma en la eficacia salvífica de los sacramentos y, en definitiva, en el obrar actual de Cristo y de su Espíritu, a través de la Iglesia, en el mundo? Hay que promover, por tanto, una catequesis adecuada para ayudar a los fieles a comprender el valor de los sacramentos, una sana pastoral sacramental para formar al pueblo de Dios y ayudarlo a vivir en plenitud la liturgia, el culto de la Iglesia, los sacramentos como dones gratuitos de Dios, actos libres y eficaces de su acción de salvación. El sacerdote, además, estará atento y disponible para comunicar a los hermanos los tesoros de gracia que Dios ha puesto en sus manos y de los cuales no es dueño, sino custodio y administrador. El sacerdote tome conciencia de que en la celebración de los santos misterios es donde encuentra la raíz de su santificación.

3. *Munus regendi*. El sacerdote tiene la misión de gobernar, de guiar, con la autoridad de Cristo, no con la propia, a la porción del pueblo que Dios le ha encomendado. En nuestro tiempo, a causa de los regímenes totalitarios del siglo XX, se ha constatado que el hombre contemporáneo desconfía de la autoridad, sostiene como necesario el abandono de toda autoridad que no venga exclusivamente de los hombres y esté controlada por

ellos. La experiencia enseña que una autoridad desligada de la autoridad suprema, que es Dios mismo, acaba inevitablemente por volverse contra el hombre. Se ha de reconocer que la autoridad humana nunca es un fin, sino siempre y sólo un medio; que el fin es siempre la persona, creada por Dios con su propia intangible dignidad y llamada a relacionarse con su creador, en el camino terreno de la existencia y en la vida eterna.

Una autoridad entendida así, que tenga como único objetivo servir al verdadero bien de las personas y ser transparencia del único Sumo Bien que es Dios, no sólo no es extraña a los hombres, sino, al contrario, es una ayuda preciosa en el camino hacia la plena realización en Cristo, hacia la salvación.

Cuando se habla de autoridad jerárquica, comúnmente se entiende como vinculado al concepto de dominio sobre otros. No es éste el sentido genuino de "jerarquía". Más bien ha de entenderse como "origen sagrado", algo que no viene del hombre sino que tiene su origen en lo sagrado, en el Sacramento. Convierte, por tanto, al sacerdote en servidor de Cristo y sólo en cuanto servidor de Cristo, puede guiar por Cristo y con Cristo a los hombres, gobernarlos como Cristo, el buen Pastor.

El modo de gobernar de Jesús no es el dominio, sino el servicio humilde y amoroso del lavatorio de los pies, y la realeza de Cristo sobre el universo no es un triunfo terreno, sino que alcanza su culmen en el madero de la cruz, que se convierte en juicio para el mundo y punto de referencia para el ejercicio de la autoridad que sea expresión verdadera de la caridad pastoral.

Promoción de vocaciones

El punto de partida es un principio sencillo y esencial: "El testimonio suscita vocaciones". La fecundidad de la propuesta vocacional depende, es verdad, de la acción gratuita de Dios. La experiencia nos confirma que está favorecida también "por la calidad y la riqueza del testimonio personal y comunitario de cuantos han respondido ya a la llamada del Señor en el ministerio sacerdotal y en la vida consagrada, puesto que su testimonio puede suscitar en otros el deseo de corresponder con generosidad a la llamada de Cristo".

Benedicto XVI señala tres aspectos que considera esenciales para un testimonio sacerdotal eficaz. 1) La oración es el primer testimonio que suscita vocaciones. Es decir, cultivar una profunda intimidad con Dios, dedicar tiempo a la escucha de su Palabra. 2) El testimonio del don total de sí

mismo a Dios, siguiendo las huellas de Cristo. “De ahí brota la capacidad de darse a los que la Providencia le confíe en el ministerio pastoral, con entrega plena, continua y fiel, con la alegría de hacerse compañero de camino de tantos hermanos, para que se abran al encuentro con Cristo y su Palabra se convierta en luz en su sendero”. 3) El testimonio de vivir en comunión. El sacerdote debe ser hombre de comunión, “abierto a todos, capaz de caminar unido con toda la grey, ayudando a superar divisiones, a reparar fracturas, a suavizar contrastes e incomprensiones, a perdonar ofensas”. En pocas palabras, las vocaciones sacerdotales nacen al contacto con el sacerdote, casi como un patrimonio precioso comunicado con la palabra, el ejemplo y la vida entera.

El sacerdote y María

María es Madre de los sacerdotes porque es Madre de Cristo, sumo y eterno Sacerdote. Como buena madre, ayuda a los sacerdotes a configurarse con la imagen de su Hijo Jesús, a ser dispensadores del tesoro inestimable de su amor de Pastor bueno. El concilio Vaticano II contempla a María como “Madre del sumo y eterno Sacerdote, Reina de los Apóstoles, Auxilio de los presbíteros en su ministerio” (cf *Presbyterorum ordinis*, no. 18).

Junto a la cruz de Jesús están su Madre y el discípulo amado. Éste es una prefiguración de todos los discípulos amados, en modo particular de los sacerdotes. Jesús encomendó a su Madre al cuidado del discípulo, y éste la acogió en la profundidad de su ser, en lo íntimo de su vida; la introdujo en el dinamismo de toda la propia existencia. La peculiar relación de maternidad que existe entre María y los presbíteros es la fuente primaria, el motivo fundamental de la predilección que alberga por cada uno de ellos.

De hecho, son dos las razones de la predilección que María siente por ellos: porque se asemejan más a Jesús, amor supremo de su corazón, y porque también ellos, como ella, están comprometidos en la misión de proclamar, testimoniar y dar a Cristo al mundo. Por su identificación y conformación sacramental a Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, todo sacerdote puede y debe sentirse verdaderamente hijo predilecto de esta altísima y humildísima Madre.

Conclusión

La audacia de Dios da frutos. Es la audacia del Señor de cielo y tierra, que se abandona en las manos de seres humanos, tan frágiles y limitadas. La Iglesia entera, la misma humanidad, ha de alegrarse y agradecer a Dios

su audacia. El sacerdote, en su vida personal y en su ministerio pastoral, está llamado a vivir y comunicar ese gozo agradecido hacia un Dios que tiene la osadía de confiar en la debilidad de los hombres para realizar sus insondables designios de salvación. Nuestro deseo más profundo es que el sacerdote traduzca en vida audazmente la audacia de Dios, para llegar a ser testigo creíble del Amor de Dios en Cristo Jesús y así conducir la grey que le ha sido confiada hasta el Pastor supremo.

Ecclesia*

* Este editorial ha sido redactado por Antonio Izquierdo, L.C., director de *Ecclesia*.